

Los escritores en Cali y sus mundos culturales. Aportes para una historia cultural de la ciudad. Años 1970 y 1980.¹

El tiempo pasa, y a pesar de la limitada existencia individual, un ser humano cuenta con la posibilidad de apreciar cómo se apagan conjuntos de esas especies de estrellas que son las palabras. El individuo de hoy se encuentra agobiado por la nostalgia que le produce la pérdida de sus imágenes sagradas, y contempla con timidez y desconfianza la aparición de nuevas luces, menos relucientes que las antiguas.

(Ana Lucía Rodríguez, 2004)

Nancy Otero Buitrago.
Historiadora.
Esp. en la Enseñanza de las Ciencias Sociales - Historia de Colombia
Aspirante a Magister en Historia, Universidad del Valle.
Docente - investigadora, Universidad Icesi.

Resumen.

El presente artículo, pretende en primer lugar presentar un balance sobre los aportes que algunos escritores han realizado a la “historiografía cultural”, partiendo del contexto extranjero y nacional. Además se analizará la labor de algunos grupos estudiantiles y de trabajo, que fueron importantes en la escena cultural caleña y su aporte a la cultura de esta ciudad. También se hace una caracterización de los escenarios en los que se movían algunos escritores, que vivían en Cali durante los años de 1970 y 1980, teniendo en cuenta su importancia e influencia. Finalmente se realiza una reflexión sobre la producción de algunos escritores caleños, y se plantean varias conclusiones que puede abrir espacios de reflexión y análisis de diferentes temáticas, entre los historiadores culturales, con otros investigadores de las ciencias sociales.

Palabras claves:

Escritores caleños, publicaciones, cultura, cultura caleña, años 70 y 80.

Introducción.

Las décadas de 1970 y 1980 corresponden a un periodo muy significativo para los habitantes de Santiago de Cali, porque se relaciona con la aceleración de los procesos de modernización que se estaban presentando en la ciudad, desde los años cincuenta y sesenta, promovidos por grupos empresariales y dirigentes locales interesados en el desarrollo económico y urbanístico de esta urbe; por ejemplo, la creación de obras públicas encaminadas al mejoramiento vial, como la ampliación y pavimentación de la calle quinta entre la carrera primera y Santa Librada, lo cual terminó en 1966; el mejoramiento de la Autopista Suroriental, cuyos trabajos se habían iniciado en 1961 y se aligeraron a raíz de la solicitud hecha por los caleños en 1967 para que Cali fuera la sede de los VI Juegos

¹ Este trabajo es fruto de los resultados obtenidos por Hoover Delgado, Jefe de Departamento de Humanidades de la Universidad Icesi; Nancy Otero, Historiadora y Especialista en la Enseñanza de las Ciencias Sociales, Historia de Colombia, Aspirante a Magister en Historia; Hanni Halil, Historiadora, Magister en Historia Cultural, Adrián Alzate, Sociólogo, Magister en Historia, y Camila Gómez Afanador, Profesional en Literatura y Estudios Culturales, de la Universidad de Los Andes. En el marco del Proyecto de Investigación “Estudio de Publicaciones Culturales en Cali, años 70 y 80”, desarrollado desde el Departamento de Humanidades, de la Universidad Icesi, a través del grupo de investigación Nexus, de la Facultad de Humanidades, y el Grupo Seminario de Historia Cultural.

Panamericanos, a realizarse entre los meses de julio y agosto de 1971. Con motivo de estos juegos, se construyeron escenarios deportivos como el Coliseo del Pueblo, el Coliseo Evangelista Mora, las Piscinas Panamericanas, la Unidad José de J. Clark y las unidades habitacionales para albergar a los deportistas en las instalaciones de lo que después sería la Universidad del Valle, sede Meléndez. Todo ello coincidió con la proyección de la ciudad hacia el sur. Además de las obras mencionadas, también se construyeron proyectos de interés del ciudadano común, como el Hotel Intercontinental, el Aeropuerto de Palmaseca, la Central Interurbana de Transporte (Camacho, 2005); y muchas otras obras empezaron a aparecer por distintas partes de Cali, convirtiéndola en un punto de referencia y símbolo de desarrollo a nivel regional, nacional, e incluso internacional.

En contraste con ese proceso, se perdieron antiguas casas coloniales del centro, que fueron derribadas para ampliar las calles y dar paso a las modernas edificaciones en representación de una “nueva ciudad” (Camacho, 2005). Estos aspectos, sumados al incremento de los barrios, algunos construidos para la clase media, como el barrio San Fernando y otros dirigidos a los sectores populares, creados legal e ilegalmente en varias partes del perímetro urbano, incidieron en el incremento de su expansión en todas las direcciones. Sin embargo, dicho proceso venía desarrollándose desde hacía más de dos décadas, de forma planificada hacia el sur, aunque desorganizada hacia el nororiente y suroriente en zonas que bordeaban el río Cauca (Sáenz, 2010). Lugares como el Distrito de Aguablanca, albergarían una gran cantidad de población inmigrante - especialmente a partir de 1985 -, que procedía de diferentes partes del país, como la costa pacífica y Antioquia, buscando posibilidades laborales y un espacio donde vivir, pero se ubicaron en sitios que no ofrecían las condiciones adecuadas, ya que eran zonas cenagosas, no gozaban de servicios públicos, las vías de acceso presentaban precarias condiciones, las viviendas eran inapropiadas y la mayor parte del sector sufría de lamentables inundaciones en épocas de invierno y eran azotados por fuertes calores, rodeados de polvo durante el verano. Además de ello, no había colegios públicos que promovieran una educación adecuada de los niños y jóvenes del sector.

Por razones como estas, se puede argüir que los cambios que se estaban dando en torno a la vida urbana de Cali no incidían solamente en el aspecto físico de la ciudad, en el incremento de la extensión del perímetro urbano y la densificación de la población - que pasó de 991.549 personas, en la década del setenta, a 1.452.064, en 1985 (Sáenz, 2010)-; sino que también incidió significativamente en sus antiguos y nuevos habitantes, lo cual se refleja en su forma de sentir y actuar, de acuerdo con sus diferentes hábitos y costumbres.

Vale la pena recordar, que las personas oriundas de Cali tenían como legado la tradición de una ciudad, que todavía en las primeras décadas del siglo XX, seguía siendo una pequeña aldea con sus calles chicas y casas construidas en adobe o ladrillo grande, con paredes altas y grandes tejas de barro; además, aún se conservaban algunas pilas públicas construidas en varias partes de la localidad desde el periodo colonial, para abastecer de agua a sus habitantes a través del rudimentario acueducto municipal; la población se concentraba especialmente en la zona céntrica y se dedicaban a diferentes actividades económicas, entre ellas, las comerciales. Pero también era un pueblo en crecimiento, con símbolos que preludiaban su proceso de modernización, por ejemplo, cuando en el horizonte se podía ver los barcos de vapor por el río Cauca, se podía escuchar el sonido de la locomotora, que le dio vida al Puerto de Buenaventura y fomentó el crecimiento de la zona industrial, desde la

carrera primera en dirección a Palmira y Yumbo, lo que atrajo a inmigrantes, muchos de ellos, desplazados por la violencia y la pobreza – quienes encontraron en la salsa y la pachanga, no solamente una forma de divertirse, sino también de representarse e identificarse como caleños-. Pero ellos no eran los únicos, otras personas también migraron a Cali, y sus motivos no eran necesariamente los expuestos, por ejemplo, sobre los gustos musicales; y sin embargo, se sentían plácidos en esta ciudad: en una “Cali cívica”, “hermosísima”, que denominaban con orgullo la sucursal de del cielo, en donde la salsa, como dice Gabriel Jaime Álzate - escritor antioqueño que llegó a esta ciudad en la década de los años 70 -, “aún no era el único referente cultural.” (Entrevista a Alzate, 2010).

A partir del contexto anterior, se puede observar que el estudio del ambiente cultural en que vivían los habitantes de Cali, durante las décadas de 1970 y 1980, ofrece grandes posibilidades frente al análisis de la construcción simbólica y “la memoria viva reciente” de la ciudad, porque a través de dicho análisis, se puede aportar al entendimiento de la forma como sus habitantes representaban su mundo y actuaban en relación con su entorno. Más aún, si se tiene en cuenta que - como dice Hoover Delgado, jefe del Departamento de Humanidades de la Universidad Icesi -, los estudios sobre Cali, de esas dos décadas, cobran un especial significado por cuanto simbolizan “la consolidación de procesos sociales, históricos, políticos y culturales de gran relevancia para la nación y la región” (Delgado, 2010); y que sobre aspectos como el análisis de las publicaciones culturales que se hicieron en esta ciudad, durante esos años, sus gestores, la circulación y el consumo de las mismas, son escasos². Es por eso que este artículo pretende analizar el papel que desempeñaron algunos personajes que estaban al frente de la producción “cultural” escrita, en Cali, durante los años 70 y 80 y el contexto en el que desarrollaban sus producciones, con el fin de reflexionar sobre los aportes que algunos escritores han realizado en la construcción de la escena cultural caleña y caracterizar los grupos socioculturales y escenarios en los que se desenvolvían. Los presupuestos teóricos de los que parte este análisis son desde los estudios de memoria e identidad, inscritos en el marco de la historia cultural, utilizando como fuentes libros y revistas producidas durante la época en estudio y entrevistas a personas que estuvieron relacionadas con el mundo de las publicaciones culturales en esta ciudad.

² Un estudio sobre las publicaciones de historia cultural regional emprendido en el primer semestre del año 2009, por el Departamento de Humanidades de la Universidad Icesi, mostró que las investigaciones sobre las publicaciones caleñas eran muy escasas y gran parte de esas investigaciones “abordaron el tema cultural o bien desde la producción, o bien desde el consumo, descuidando en su mayoría el impacto social de las obras”, como indica Hoover Delgado, responsable de dicho estudio. Fuera de ello, el énfasis de los estudios que se habían realizado sobre la historia de la ciudad, hasta finales de la década de 1980, hacían hincapié en aspectos urbanos, sociales y económicos, abordando los temas culturales de manera secundaria. Sin embargo, existía un marcado interés por este tipo de temas desde otras disciplinas como la comunicación social, quienes se interesaron en mirar la relación entre los medios masivos de comunicación y su papel en la sociedad y la cultura; o la literatura, desde donde se produjeron interesantes publicaciones especialmente libros y revistas culturales. Los vacíos que existen sobre la historia cultural y las producciones gestadas en la época en estudio, abren una valiosa oportunidad para que los historiadores echemos un vistazo hacia el pasado cercano, utilizando nuevos interrogantes, nuevos temas, métodos e interpretaciones que demandan la reflexión interdisciplinaria desde las ciencias sociales y en el caso que nos ocupa, desde la historia cultural, aprovechando las herramientas prestadas por disciplinas como la antropología para enriquecer la mirada, sobre las cuestiones que nos interesa observar.

Apreciaciones preliminares sobre la “La historia cultural”

De acuerdo con lo que plantea Peter Burke, en un artículo titulado: “la historia cultural y sus vecinos”, la frase “historia cultural” fue acuñada por primera vez desde el siglo XVIII, por el alemán Adelung, con fin de contrastar este tipo de historias, con otras historias específicas, como la historia de la filosofía, la historia de la ciencia, de la literatura, o del arte. Posteriormente Jacob Burckhardt, escribió una historia sobre la cultura del renacimiento en Italia, publicada en 1816, que es quizá la historia más conocida sobre la historia cultural. Sin embargo, a raíz de los aportes de Leopold Von Ranke, sobre la utilización de nuevos métodos y nuevas teorías para el estudio de la historia política, haciendo énfasis en el uso de las fuentes de archivo, generó una crítica sustancial frente al enfoque cultural, por su forma de abordarse, e hizo que este campo fuera desvirtuado por mucho tiempo. (Peter Burke, 2007)

En el siglo XX, los avances de la historia cultural estuvieron íntimamente relacionados con las reflexiones realizadas por los historiadores de la escuela francesa de los Annales, frente a los desarrollos de la historia social y de las mentalidades. Los representantes de la primera generación de esta escuela fueron Lucien Febvre y Marc Bloch, quienes hicieron que la revista publicada por ellos en 1929, se convirtiera en un referente clave de discusión y encuentro frente a nuevos objetos de estudio, métodos y perspectivas de análisis para comprender el pasado, lo cual requería de la revisión crítica sobre las formas de hacer historia, el oficio del historiador y su papel como el constructor del pasado, cuyo objeto de estudio debería ser “el mismo hombre, considerado en el seno de los grupos que es miembro”. (Lucien Febvre, 1970). Estas consideraciones abren paso al diálogo interdisciplinar entre la historia y otras disciplinas de las ciencias sociales, para poder entender la complejidad de los hechos del pasado.

Según Burke, algunos historiadores de Europa central, empezaron a trabajar temas relacionados con la historia social de la cultura, entre ellos Gyorgy Lukács, quien elaboró una historia social de la literatura; y Arnold Hauser, con una historia social del arte. Por su parte, el término mentalidades - que se define, según Jacques Revel, como “un conjunto de actitudes, preferentemente colectivas, de “formas de espíritu”, de comportamientos que se ubicarían más acá de la opinión, que la englobarían y que, en cierto modo, la estructurarían, dándole una forma” (Jacques Revel, 2005) -; fue utilizado en diferentes campos de las ciencias sociales, especialmente por la psicología para el estudio de las mentalidades colectivas y los valores sociales percibidos por el individuo y los grupos sociales. Los pioneros en este tipo de estudios fueron Georges Lefebvre, Marc Bloch y Lucien Febvre (Carolina Abadía, 2009).

Pero, es sólo hasta la década de 1960 cuando la historia cultural cobró importancia para la investigación y la reflexión de historiadores profesionales, y ello se debió al acercamiento que tuvieron algunos historiadores políticos y sociales, como Robert Mandrou y Edward Thompson, hacia los estudios de tipo cultural, especialmente la literatura (Peter Burke, 2007). Para que este giro se lograra, fue fundamental el aporte de los métodos de la antropología, que permitió profundizar en nuevos temas de estudio que antes no tenían relevancia para la historiografía; por ejemplo, la simbología que envuelve aspectos de la vida cotidiana relacionados con la comida, la vivienda o el vestido. Entre algunos de los principales exponentes teórico metodológicos que han hecho aportes a la historia cultural, se encuentran el francés Daniel Roche, el antropólogo estadounidense Clifford Geertz, el

teórico Michael Foucault, el historiador Robert Darnton, el sociólogo Ervin Goffman, el antropólogo Norbert Elías, y el historiador francés Fernand Braudel, perteneciente a la segunda generación de la Escuela de los Annales, quien incorporó el análisis de la historia económica con una mirada desde los elementos más simples de la vida cotidiana, como la geografía y los procesos de larga duración.

Si bien Fernand Braudel, con sus aportes a la historia total, revolucionó la historia del siglo XX, a finales de esta década y principios de los años 90, Roger Chartier, impulsó la propuesta de trascender del estudio de las mentalidades por el estudio de una historia “cultural de lo social” y “de los sistemas de representación social”; es decir, generar un nuevo giro de la historia social de la cultura a la historia cultural de la sociedad (Roger Chartier, 1991), esto implicó profundizar en el estudio de la vida material a partir de sus representaciones, normas y objetos. (Roger Chartier, 1995). Con todo ello, Chartier ha hecho importantes contribuciones a la historia de la escritura, la historia del libro y los lectores, lo cual ha sido un referente obligatorio para esta investigación.

La historia cultural en Colombia.

Para el caso de este país, después de la segunda mitad del siglo XX, los historiadores en su interés por superar la historia tradicional, e incorporar nuevas teorías, métodos, temáticas e interrogantes que ayudarán a explicar el pasado, se interesaron más por los problemas de desarrollo económico y social, que culturales. Sin embargo, de acuerdo con Jaime Jaramillo Uribe, los antecedentes de la historia cultural en Colombia se remontan a los años treinta, cuando se presentaron algunos estudios que incorporaban temas sobre “la cultura” como objeto de investigación; por ejemplo, el trabajo desarrollado por Luis López de Mesa, denominado “Introducción a la cultura colombiana”, donde se resaltaban los cambios en las ideas políticas y filosóficas de los colombianos, caracterizadas por rasgos psicológicos y culturales de sucesivas generaciones de la nación. (López de Mesa, 1930). Guillermo Hernández de Alba, también publicó en la década de los años cuarenta, un estudio sobre la educación colonial titulado “Aspectos de la cultura en Colombia” (Hernández de Alba, 1947). En la década de los años cincuenta y sesenta, tras el surgimiento del Departamento de Historia, de la Universidad Nacional se creó el Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, inspirado en las orientaciones de la revista “Annales de la Historia”, y en los aportes de Marc Bloch y Lucien Febvre. El Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, tenía como propósito trascender “la historiografía tradicional” que había prevalecido en nuestro país, desde el siglo XIX. La intencionalidad era proponer nuevos temas, relacionados con lo económico, social y cultural; y, nuevos métodos y técnicas de investigación, influenciados por la corriente de pensamiento marxista que había incursionado en el país desde la década de los años cuarenta (Jaramillo Uribe, *et. al.*, 2004: 1).

Jaime Jaramillo Uribe, indica que en los años posteriores a la década de 1960, algunos historiadores trabajaron temas relacionados con la cultura, aunque no pertenecían a la Historia Cultural propiamente dicha. Entre ellos se destacan Nieto Arteta, Guillermo Hernández Rodríguez, Juan Fiede, Luis Ospina Vásquez, Indalecio Liévano Aguirre. Algunas de las obras más recordadas, relacionadas con el tema cultural, son: “Economía y cultura en la historia de Colombia”, producida por Luis Eduardo Nieto Arteta y publicada en la década de los 70 (Nieto Arteta, 1973); el Manual de Historia de Colombia, publicado

por el Instituto Colombiano de Cultura, el cual se destaca por sus interesantes capítulos sobre literatura, arquitectura, urbanismo y artes plásticas. Posteriormente se publican otros estudios relacionados con la historia de la ciencia, la historia del arte, la educación y las mentalidades, a partir de investigaciones que se desarrollaron desde los departamentos de historia de las universidades nacionales. (Jaramillo Uribe, *et. al.*, 2004: 3).

Pero las reflexiones sobre la historia cultural, no se quedan en el campo de quiénes han escrito, y sobre qué han escrito en el pasado. Desde la década de 1990, es claro el interés que ha cobrado para los historiadores el tema de “la cultura” y los asuntos que debe tratar “la historia cultural”; que más allá de una simple expresión, reflejan la búsqueda de otros caminos teóricos y metodológicos para adquirir nuevas herramientas que le permitan entender el pasado y el presente del país, apoyados por el diálogo interdisciplinar con otros científicos sociales de diferentes áreas, quienes han ayudado a enriquecer la discusión.

Las reflexiones sobre asuntos que tienen que ver con el uso del concepto “cultura”, han sido múltiples y no son una novedad, ya que situar una posición frente a ese concepto, no es tarea fácil y es tal vez, uno de los primeros problemas con los que se encuentra el historiador cultural, porque sobre el mismo, existen un sinnúmero de definiciones dadas por antropólogos, filósofos, historiadores, sociólogos, lingüistas y comunicadores sociales; quienes han abordado la cuestión, cada uno desde su propio ángulo de observación. No en vano recuerda Jaramillo Uribe - rememorando a Braudel -, que sobre ese concepto, los antropólogos norteamericanos A. L. Kroeber y Clyde Kluckhohn, “recopilaron y analizaron en un volumen ciento sesenta definiciones dadas por historiadores, antropólogos y filósofos”. En Colombia, también se han dado muchas discusiones sobre el asunto, que van desde la misma definición del término, que podría evocar “preferencia o tradiciones nacionales”; o ser mirado desde su raíz lingüística, derivada del término “cultivo”, refiriéndose “al cultivo agrícola y al campo”; o desde una mirada urbana, reflexionando sobre las formas de vida, las actitudes y pensamientos de los habitantes de las ciudades (Jaramillo Uribe, *et. al.*, 2004: 6 - 11); desde los objetos, como lo hacen los historiadores culturales de lo social (Chartier, 1991); E incluso, desde su relación con asuntos como la política (Bolívar, Ingrid, *et. al.*, 2004: 361 - 385), la sociedad, aspectos económicos, etc. También hay que pensar en la función que este término adquiere desde cada disciplina y las problemáticas que puede acarrear los préstamos teóricos y metodológicos interdisciplinarios, porque como dice Guillermo Túnez Rodríguez:

La cultura no es ciertamente un mero cajón de sastre donde se guarde todo aquello que no es parte de campos tradicionalmente reconocidos, como son las estructuras políticas, económicas y sociales. En términos más asertivos, estimo que el fenómeno cultural abarca: personas y cosas, la manera en que las personas se relacionan con las cosas, y con otras personas, o la manera en que las cosas están relacionadas con otras cosas, así como también las formas en que las personas, las cosas y sus propias relaciones son representadas. Otro aspecto importante de una cultura, es que involucra a una colectividad. De esta manera, cuando se le estudia en relación con un individuo, se trata de una manifestación de un fenómeno que forma parte de un universo mayor y que se explica cabalmente en esa dimensión (Túnez, 2010).

Si bien, la historia cultural ha sido criticada por algunos historiadores de otros campos, por las ambigüedades que puede acarrear el no contar con herramientas teóricas y

metodológicas que le permitan pensar el pasado; para los historiadores que han decidido abordar temas culturales como objeto de investigación, se convierte en una posibilidad que les permite mirar con otros lentes y desde otros ángulos la forma como los seres humanos se han relacionado entre sí y con el entorno que les rodea, y cómo este entorno ha influido en su forma de sentir, pensar y de actuar de acuerdo con un contexto espacio – temporal, determinado.

La historia cultural de Cali.

Para el caso concreto de esta ciudad, la historia cultural no fue una preocupación central como objeto de estudio por parte de algunos historiadores, sino hasta la década de 1990. En las décadas anteriores, especialmente durante los años setenta y ochenta, las publicaciones que podrían ubicarse dentro de esta categoría no fueron escritas necesariamente por historiadores, porque ellos estaban interesados en asuntos de tipo político, económico y social, particularmente. Por ejemplo, en la Universidad del Valle, desde el año 1979, se organizó un equipo interdisciplinario conformado inicialmente por los docentes investigadores, Jorge E. Salcedo, Luis Valdivia y Edgar Vásquez Benítez, a quienes se sumaron después Miguel Camacho, Margarita Rosa Pacheco, Hector Llanos, entre otros, para publicar “Historia y Espacio”, una Revista trimestral del Departamento de Historia, de la Facultad de Humanidades, que empezó a salir a partir de febrero de ese año, lo que precisamente coincidió con el II Congreso de Historia de Colombia, organizado en dicha universidad. Ese evento fue muy importante porque le permitió a los docentes investigadores de diferentes regiones del país y a los estudiantes, reflexionar sobre el quehacer de los historiadores, sobre las temáticas que estaban boga, metodologías aplicadas y el futuro de esta disciplina. El propósito de esa revista era dar a conocer los estudios realizados por los docentes de la universidad, sobre la historia del suroccidente colombiano haciendo énfasis en la geografía, la economía y la sociedad de esta región del país; sin embargo, después de las primeras publicaciones, en la década de 1980, se fueron incorporando algunos artículos y reseñas de textos, e informes de eventos que se desarrollaban fuera de la región y en América Latina. Frente a las temáticas, también se empezaron a publicar asuntos relacionadas con la cultura y la historia cultural, como los artículos del profesor Jaime Atencio Babilonia, “Bosquejo etnohistórico y cultural de una fiesta sacro profana” ((Babilonia, *et al.*, 1980: 84) y “El significado antropológico de la Cultura (Babilonia, *et al.*, 1983: 114); también se publicaron artículos de Rubén Darío Guevara sobre su investigación “Creencias tradicionales sobre las enfermedades que afectan la salud de una comunidad urbana”, (Guevara, 1984: 111) y Carlos A. Sterling, titulado “Recuento histórico de la música colonial”, este documento parte de las investigaciones adelantadas sobre América Latina. (Sterling, 1984: 211).

Las publicaciones conmemorativas

Además de la publicación citada, la década de los 80 se inició con los preparativos para la celebración de los 450 años de Santiago de Cali. Este evento motivó el desarrollo de algunos proyectos de publicaciones interesados en contar la historia de la ciudad, los cuales fueron gestionados y patrocinados por instituciones públicas como la Alcaldía de Santiago de Cali, el Grupo de la Fundación Amigos de los ochenta, cuyo presidente, en 1982, era Eduardo Posada, e instituciones privadas como PROPAL, S.A. Editorial XYZ y personas

particulares que estaban interesadas en contar la historia de la ciudad para ubicar su papel histórico dentro del contexto regional y nacional. Entre este tipo de obras se destaca el hermoso trabajo realizado por Luis Fernando Arango, auspiciada por el grupo Amigos de los 80, titulada “Cali, 450 años”, que tenían como propósito realizar un homenaje a esta urbe, resaltando aspectos relacionados con la vida cotidiana de la gente como la gastronomía, la moda, el arte, el periodismo, la música, los festivales de arte que eran tan importantes para la ciudad en ese entonces, el deporte, los sitios de diversión y de encuentro como el Teatro Municipal de Cali, el Teatro la Vanguardia, el Teatro Experimental de Cali, TEC, San Antonio,, en fin, aspectos que quería mostrar algunos de los rasgos de identidad cultural de los caleños y su liderazgo frente al proceso de modernización de la ciudad, como el desarrollo de la zona industrial, que colocó a Cali como ejemplo frente a las otras ciudades colombianas. (Arango, 1982).

En esta misma línea de publicaciones conmemorativas, auspiciadas por la Alcaldía Municipal, se encuentran dos de las obra de Marco Fidel Chaves publicadas en 1984. Chaves, es un poeta caucano, nacido en 1926, en Puerto Tejada, quien había adquirido para ese entonces una sólida formación cultural y se destacaba por su afición a la filosofía alemana, estudió derecho y ciencias políticas, fue profesor universitario de literatura, sociología, historia del arte y después recibió varias condecoraciones, entre ellas se destaca la que le otorgó Proartes, en el V festival de arte de Cali, 1991, reconociendo su vida y obra. Precisamente, uno de los libros del poeta Chaves, es el titulado “Presencia de Cali en la Historia Social de Colombia”, que representa un recuento de la historia de esta ciudad, desde sus orígenes hasta el siglo XX, abordando aspectos relativos a la economía, demografía, la sociedad caleña y su cultura. Sobre este último punto se resaltan temas como “la influencia de los azucareros en la poesía vallecaucana”, la “arquitectura colonial”, “Arquitectura moderna”, la situación de los grupos marginados, el nivel educativo de los habitantes de la ciudad y “el lenguaje de las “galladas” (Chaves, 1984). Estos aspectos dan cuenta no sólo de la Cali bonita que los empresarios y las instituciones oficiales querían mostrar, sino también de la realidad social y de las problemáticas que representaba el crecimiento demográfico que se venía presentando desde la década de los cincuentas, y que advertían a los gobernantes sobre la necesidad de buscar soluciones para los asentamientos no planificado que se estaban levantando en la parte oriental de Cali. La otra obra publicada por el poeta Marco Fidel Chaves, en el año de 1984, es “Pasado, Presente y Futuro del Instituto Popular de Cultura”, que fue auspiciada por la Secretaria de Educación Cultura y Recreación de Santiago de Cali, en la cual el autor presenta la historia de una institución que fue central en la dinamización de la escena artística caleña, destacando algunos eventos culturales como la semana cultural de 1977, la crisis de 1980 y el aporte del teatro a la cultura, durante las dos décadas en cuestión (Chaves, 1984).

Por su parte, Raúl Silva Holguín, publica “Santiago de Cali. 450 años de Historia”, obra editada por la Dirección de comunicaciones, de la Alcaldía de Santiago de Cali, en el año de 1986, en la cual el autor reseña algunos factores que intervinieron en la evolución de la ciudad y rasgos particulares que permiten entender las características de sus habitantes y rasgos de su cultura. (Silva Holguín, 1986). Hugo E. Velasco, publicó en el año 88, “Periódicos y Periodistas de Santiago de Cali”, En esta obra el autor realiza una compilación sobre los periódicos y periodistas en Santiago de Cali, comenzando en 1838 y culminando en 1986. El libro contenía un breve resumen de cada publicación, incluyendo

datos como título, temática, personajes claves y fechas de circulación; sin embargo, estas fechas no son muy precisas, como lo cuenta el mismo autor, porque fueron aportadas por cronistas orales de la ciudad, que no recordaban muy bien ese dato.

Además de las obras descritas, cabe destacar que la conmemoración del cumpleaños de la ciudad, motivó a otros escritores a investigar sobre temáticas cuyo tema central no era Cali, particularmente, sino que la celebración se convirtió en la excusa para pensarse también el Departamento y el papel de este ante la nación. Por ejemplo, historiador y docente investigador de la Universidad del Valle, Miguel Camacho, publicó en 1986 el libro titulado “Antecedentes de la creación del Departamento del Valle del Cauca. *Santiago de Cali: 450 años de Historia*”, que también fue auspiciado por el Grupo Amigos 80, de la Alcaldía municipal de la capital Vallecaucana. En el mismo año 86, fue editada por segunda vez la obra de Joaquín Paredes Cruz, quien era un hombre autodidacta, que aunque no tenía ningún título académico, estaba dedicado a la investigación social económica y cultural de la región. El título de su obra era: *El Valle del Cauca, su realidad económica y cultural*, editada por primera vez en 1956. En la segunda edición, contó con la colaboración de los talleres gráficos de la Impresora Feriva Ltda., que era una de las tipografías más reconocidas de Cali, cuyos dueños a propósito, no se dedicaban solamente a imprimir la obra, sino que se esmeraban por revisar el contenido y se encargaban que la obra saliera al mercado sin errores. Muchas de las obras producidas en Cali, en la época en estudio, fueron editadas en Feriva (Entrevista a Feriva, 2010).

Frente a las conmemoraciones del cumpleaños de la ciudad, no podría dejar de mencionarse el libro “Recuerdos de mi Barrio, historia del barrio San Carlos. Te acordarás hermano”, publicado en 1987, por Alejandro Ulloa Sanmiguel, profesor del Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universidad del Valle y también había sido docente de la Universidad Santiago de Cali. En esta obra, el autor efectuó diversas entrevistas a personas de distintas edades y sectores del lugar, con el fin de dejar un registro de la memoria viva de sus habitantes resaltando aspectos como los antecedentes del barrio, su fundación, primeros pobladores, las luchas colectivas, la organización administrativa, los sitios de encuentro, de diversión, la vida cotidiana, costumbres y tradiciones. Alejandro Ulloa, realizó la investigación de dicho barrio, motivado por un concurso que fue promovido por la Alcaldía de Santiago de Cali, a través del Departamento Administrativo de Promoción Social y la Oficina de Acción Comunal, en 1985; su finalidad era que los propios habitantes de Cali escribieran la historia de sus barrios y, la historia del barrio San Carlos fue la ganadora (Ulloa, 1987).

De acuerdo con lo que plantea Alejandro Ulloa en una entrevista realizada por esta investigación en el año 2010, el concurso era promocionado a través de las emisoras radiales caleñas, y al parecer, la convocatoria fue bastante exitosa porque participaron cerca de 186 personas y se contaron unas 220 historias de diferentes barrios de la ciudad, e incluso, hubo barrios que tuvieron varias historias. Algunas de las obras publicadas fueron las de los barrios San Antonio (que obtuvo el segundo lugar), la historia del barrio Cristóbal Colón y la del barrio San Fernando. Entre los jurados de este concurso se encontraban el profesor Edgar Vásquez, quien era el autor de una de las pocas historias que se encontraban sobre Cali, titulada “Historia del desarrollo urbano de Cali”, reeditada por segunda vez en 1982, y el escritor Fernando Cruz Kronfly, quien era un escritor muy reconocido en la ciudad (Ulloa Sanmiguel, 2010).

Producciones sobre música y medios de comunicación.

Durante la década de 1980, además de las temáticas conmemorativas, se fue despertando un interés creciente por parte de docentes investigadores e incluso estudiantes del Plan de Comunicación Social de la Universidad del Valle, por investigar temas culturales que hasta el momento no eran considerados como objeto de estudio por parte de la investigación histórica o sociológica - como lo indica Ulloa en la entrevista mencionada -, tal era el caso de la música salsa, género que estaba teniendo un gran impacto sobre algunos sectores de la población caleña y que hasta ese momento, sólo había sido abordado desde la literatura, a través de novelas, como la escrita por Andrés Caicedo, ¡Que viva la música! y el libro de cuentos de Umberto Valverde titulado “Bomba Camará” (Ulloa Sanmiguel, 2010); y el tema de los medios de comunicación, que ejercían cada vez una mayor influencia sobre las masas.

Uno de los gestores principales de ese tipo de estudios fue precisamente el profesor Alejandro Ulloa Sanmiguel quien, entre los años de 1981 y 1987, adelantó una investigación en torno a la pregunta ¿por qué la música salsa en Cali?, esta era una pregunta “colectiva”, “socialmente construida”, que muchas personas se estaban haciendo y a él le interesaba saber en esos momentos ¿por qué la salsa había surgido como un género musical de mucha importancia para la construcción de una forma de identidad de los habitantes de Cali y la formación de una cultura urbana que estaba en proceso de expansión? Teniendo en cuenta lo anterior, el autor pretendió observar el papel que jugaron los medios de comunicación en la configuración de la salsa como fenómeno cultural de la ciudad y las prácticas de recepción y usos de este género musical (Ulloa Sanmiguel, 1987). Para lograr su objetivo, el autor utilizó varias fuentes, entre ellas la prensa, información radial, lectura de fuentes secundarias relacionadas especialmente con la música cubana y lo poco que había sobre la historia de Cali, como el libro del profesor Edgar Vázquez “Historia del desarrollo urbano de Cali”, pero esta obra solo llegaba hasta finales del siglo XIX. Además uso las entrevistas personales efectuadas cuando escribió la historia del barrio San Carlos y las otras historias que surgieron como resultado del concurso realizado por la Alcaldía municipal. En las narraciones de otros barrios, encontró elementos comunes con el barrio San Carlos, por ejemplo, las verbenas comunitarias que eran impulsadas por las juntas de acción comunal para recoger fondos con el fin de construir obras de interés común como el mejoramiento de la escuela del barrio. Dichas verbenas eran realizadas en una caseta comunal, a donde la gente asistía con sus propios banquitos de madera para sentarse y allí se amanecían bailando y escuchando música. Otro elemento en común era que dichas verbenas se hacían con música tropical y salsa desde la década de 1950 y el 60. (Ulloa Sanmiguel, 2010).

A partir de elementos como estos, Alejandro Ulloa escribió el libro “La Salsa en Cali: Cultura Urbana, Música y Medios de Comunicación”, publicado en 1988. En esta obra, el autor logra explicar que el impacto e influencia que la música salsa había alcanzado en esta ciudad estaba relacionado con varias circunstancias, como la presencia de la cultura afro descendiente en el tejido social de la ciudad, el desarrollo industrial de la misma, los procesos de inmigración y urbanización, la influencia de los medios de comunicación en las masas, especialmente la radio, el cine y el disco; e incluso, analiza las similitudes físicas y culturales entre Cali y Cuba, rastreando los orígenes de la música salsa y el legado

cubano. (Ulloa Sanmiguel, 1988). El trabajo de este autor es muy importante porque a partir de su investigación, que combinaba con la labor docente, ayudó a formar e inspirar a muchos estudiantes de comunicación social de la Universidad del Valle, quienes decidieron desarrollar trabajos de grado sobre temáticas relacionadas con la música, los medios de comunicación y lo que denominaban “cultura popular”. Ese último concepto era un término introducido por el profesor investigador Jesús Martín Barbero, fundador del Departamento de Comunicaciones, de la Universidad del Valle, en el año 1975, quien a través de sus investigaciones teóricas sobre la cultura popular europea, especialmente española de los siglos XVIII y XIX, había sembrado el interés de algunos docentes y estudiantes por analizar la cultura de los grupos populares. Alejandro Ulloa también había aportado al respecto, a través de sus investigaciones combinando la teoría y la práctica, porque él tenía la experiencia de haber disfrutado de un contacto real con los sectores populares de donde él mismo había salido; por ejemplo, sabía qué representaba “*estar en una cancha de futbol un domingo por la tarde*”, o “*pasarse toda una mañana jugando futbol en una cancha de un barrio*”, “*vivir parchado en un esquina*”, “*meterse a un rumbeadero en una calle oscura*”, “*pasar por una cuadra en un barrio caliente*”; todos estos aspectos reflejaban algunas actividades y costumbres de los jóvenes de estos sectores, que serían analizados, a la luz de los aportes del profesor Barbero y de la experiencia “desde adentro”, que tenía el profesor Ulloa, quien los habían vivido, mucho antes de que se preocupara por investigarlos (Ulloa Sanmiguel, 2010). Esto nos lleva a reflexionar ¿cómo era el ambiente cultural en el que se desenvolvían los escritores caleños durante las décadas en estudio? A continuación observaremos algunos casos concretos.

El ambiente cultural de los escritores en Cali.

Cali, durante las décadas de 1970 y 1980, gozaba de un ambiente cultural muy rico y muy diverso, que ofrecía múltiples posibilidades de esparcimiento cultural para sus habitantes, reflejadas en el disfrute del baile, la música, el cine, el teatro y la expresión escrita. La preocupación por la escritura, fue un aspecto en común que caracterizó, en los años setenta, a muchos jóvenes, especialmente universitarios y profesionales formados en literatura, filosofía, ciencias sociales, comunicación social, cine, teatro, entre otros. Muchos de esos jóvenes mostraron un interés especial por reunirse en grupos de estudio y de trabajo, para analizar diferentes temáticas relacionadas con la política, la cultura y la sociedad. Pero los grupos no eran homogéneos, existían diferentes tendencias, como los grupos de estudio políticos, “los marxistas”, interesados por indagar sobre el Capital, de Marx; grupos de estudio sobre el psicoanálisis, quienes se reunían a leer y discutir en relación a Freud, otros se interesaban por estudiar asuntos de literatura; por ejemplo, leían durante todo un año a Thomas Mann, o a Marcel Cruz. Y así mismo había grupos de estudios sobre problemas de las mujeres, a otros les interesaba estudiar la historia del cine, o de teatro. Estos grupos aprovechaban la amplia oferta cultural que tenían a disposición, y a partir de sus intereses y experiencias, habrían espacios de discusión, en lugares como el Café los Turcos, en la Biblioteca de la Universidad Santiago de Cali, la de Univalle, el Teatro San Fernando, el Teatro experimental de Cali, entre otros. Su intención era sacar publicaciones, ya fuera a manera de pasquines, hojas sueltas o si era posible, revistas, muchas de las cuales tenían una vida efímera, porque sólo lograban poner un número en circulación, ya que esto dependía, entre otros factores, del presupuesto que logran recoger para financiar el

proceso de elaboración, que era bastante costoso y generalmente tenían que sacarlo de “sus propios bolsillos”. (Martínez, 2010).

En los grupos de estudio políticos, se podían encontrar, además de estudiantes universitarios, personas que se desempeñaban en la docencia, literatos, actores de teatro, que tenían una marcada tendencia marxista y estaban interesados en reflexionar y asumir una postura crítica frente a los problemas políticos que azotaban al territorio nacional, a los latinoamericanos y otras partes del mundo. Es de tener en cuenta que esa década había estado influenciada por una gran cantidad de acontecimientos políticos heredados desde la Segunda Guerra Mundial, y eventos posteriores, como la revolución Cubana del 1959, Mayo del 68, el derrocamiento del gobierno del presidente socialista Salvador Allende en Chile, el 11 de septiembre de 1973, y su previa resistencia en contra de la marea de dictaduras y totalitarismos que ennegrecieron la realidad latinoamericana en la década del 70', abanderadas por Augusto Pinochet; en Colombia, habían pasado por los brotes de violencia agudizados a raíz de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán y la dictadura de Rojas Pinilla y se vivía la coalición política del Frente Nacional, hasta 1974; y muchas personas estaban llegando a la ciudad desplazados por los brotes de violencia y pobreza, ubicándose en las laderas, en espacios como el barrio Siloe.

El panorama político local, nacional e internacional, era ampliamente difundido por la radio, la televisión, periódicos, revistas, y también era representado en el cine y el teatro. Los grupos estudiantiles de los jóvenes universitarios y otros personajes anónimos, querían dejar sentado su punto de vista a través los escritos presentados en chapolas, hojas sueltas, o grafitis y en otras oportunidades llegaban a acciones de hecho como lo narra el docente de la Universidad del Valle, Ramiro Arbeláez, quien en una entrevista realizada a través de esta investigación, cuenta que “en el 71 el ejército se toma la Universidad y los estudiantes se organizan y retoman o intentan retomar la Universidad”, en esa situación hubo muertos, heridos y se dio “una especie de manifestación que salió por todo Cali hasta la Gobernación” y la Universidad se cerró. (Entrevista Arbeláez, 2010). Algunas de estas situaciones son registradas por historiadores como Edgar Vázquez, Darío Henao y otros investigadores, en el libro “Historia de Cali en el siglo XX, Sociedad, economía, cultura y espacio”, en donde se mencionan algunos conflictos que se desarrollaron a partir de esa década, como los movimientos estudiantiles, los cuales usan el grafiti como una expresión cultural de protesta, que fue apareciendo clandestinamente en algunos puntos claves de la ciudad. (Vázquez, *et. al.*, 2001).

Personajes como Enrique Buenaventura – quien había sido pintor, poeta, periodista, director y actor teatral -, también manifestaban su visión política a través de expresiones culturales como la poesía y el teatro; por ejemplo, en la revista POLIGRAMAS, Literatura – Semiología, número cinco publicada el segundo semestre de 1979, en la sección de textos poéticos, aparecen dos poemas de Enrique Buenaventura, titulados “Manual de Lucha Antifascista”, “Canción militar, al Ché”. (Vázquez Zawadzki, *et. al.*, 1979). El maestro Buenaventura perteneció a la Escuela Departamental de Teatro, en 1955, en donde realizó el montaje de obras como “A la Diestra de Dios Padre”, “Edipo Rey”, y de otros clásicos de la literatura. Además estuvo al frente del Teatro Escuela de Cali, del cual se separó en 1969, por diferencias en la concepción del trabajo artístico, ya que este teatro había sido creado con auxilios económicos oficiales lo que le permitió desarrollar giras nacionales auspiciadas por El Ministerio de Educación Nacional, Ecopetrol, la Federación Nacional de

Cafeteros y asistir a los festivales nacionales de teatro, desarrollados en Bogotá (Piedrahita, et. al., 1996: 229). En contraste con el estilo de teatro de esta institución, que era mucho más comercial, Buenaventura tenía un método más plural, porque le permitía una participación más directa a los actores en los procesos de montaje y era más independiente y crítico frente a los asuntos sociales y políticos del país. Después de dicha separación Enrique Buenaventura decidió fundar y dirigir el Teatro Experimental de Cali.

Buenaventura también tuvo una fuerte influencia sobre el trabajo teatral desarrollado en el Taller de teatro de la Universidad del Valle, en donde trabajó con personajes como Andrés Caicedo, quien también estuvo vinculado un tiempo al TEC, el teatro de la Universidad del Valle y dirigió el teatro del Colegio San Luís. En otros colegios también había grupos teatrales como el del Inem, dirigido por Roberto Arcos y el teatro de Santa Librada, dirigido por Roberto Arcelaux. Otros personajes como Danilo Tenorio, Phanor Therán y Helios Fernández, dirigieron el grupo teatral de la Universidad Santiago de Cali, denominado Teusaca, fundado en 1966. A través de espacios como este, fomentaron los movimientos teatrales estudiantiles y universitarios, creados desde los años sesenta, que tenían como finalidad “la búsqueda de una verdadera identidad, inmersa en el contexto político y social”. Después de 1966 se desarrollaron festivales de teatro estudiantil, un festival de teatro Universitario y Festivales de Arte en Cali. Pero, el carácter político y la crítica social que se generaba en muchos de estos espacios, generó una fuerte represión a nivel nacional a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. Por eso, a mediados de esa última década, estos movimientos entraron en crisis debido al debilitamiento del movimiento estudiantil universitario, por la suspensión de la realización de los festivales y tras la expulsión, por parte de las directivas universitarias, de los directores de los grupos de las universidades. Guillermo Piedrahita, dramaturgo y profesor de la Universidad del Valle indica que:

Tanto el teatro estudiantil como el universitario, tenían distintos niveles en la creación teatral, con bastantes desigualdades en la elaboración de los montajes; que en el teatro universitario tenían la tendencia, con excepciones, a realizar un teatro agitaciones, como expresión de una determinada ideología política en que se hallaba dividido el sector estudiantil.

Pero son justamente todas estas desigualdades las que comenzaban a conformar el movimiento teatral en Colombia, constituyéndose esta época, como la etapa del despertar de los primeros pasos de este movimiento, que comenzaba a echar sus raíces para la formación de un movimiento teatral en la ciudad. (Piedrahita, et. al., 1996: 293)

Al contrario de lo que estaba pasando con los grupos teatrales estudiantiles y universitarios, en la década de 1970, hubo un gran interés por la creación de grupos de teatro en Cali. Entre los años de 1971 y 1976, se fundaron 13 teatros, sin contar que ya existía desde el año 69, el Teatro Experimental de Cali, El Teusaca. Teatro Universidad Santiago de Cali, y la Escuela de Teatro del Instituto popular de Cultura (Ver cuadro No. 1). Esa necesidad de crear grupos teatrales en Cali, obedecía al fortalecimiento de del “Nuevo Teatro”, que se estaba presentando en diferentes lugares de Colombia, el cual estaba impulsado por intelectuales de la cultura, que querían desarrollar nuevos temas y problemas, teniendo en cuenta la realidad nacional en que vivían, asuntos históricos, literarios, que desde la mirada ortodoxa, no eran considerados como temáticas teatrales (Piedrahita, et. al., 1996: 294).

Las reflexiones sobre este tipo de ideas, llevó a que eventos como el Festival Nacional de Teatro, se convirtieran en una posibilidad para hacer surgir y consolidar nuevos grupos, lo

cual explica, por una parte, su incremento tan significativo en tan corto tiempo; y por otro lado, los posibles vínculos, apoyos y solidaridades que desde instituciones más fortalecidas, le hicieron a otras instituciones en su proceso inicial de formación, lo que demostraba un carácter poco competitivo entre los mismo. Un ejemplo de esos vínculos y apoyos se observa entre instituciones como el Teatro La Máscara, fundado en 1972 y el TEC, ya que cuando se fundó el teatro La Máscara, ellos recibieron la colaboración de varios de los actores que pertenecían al TEC, y de la Universidad Santiago de Cali. Por el teatro La Máscara pasaron con sus montajes Carlos Bernal, Helios Fernández y Jacqueline Vidal. Otro ejemplo, lo ofrece el teatro Esquina Latina, que inicialmente era un taller perteneciente a la Universidad del Valle, dirigido por Danilo Tenorio. Allí se realizaban montajes conjuntos con el teatro Grutela, antes de que se constituyera como grupo independiente y pasa a ser su director Orlando Cajamarca.

Pero las relaciones entre los grupos de teatro, no se quedan solamente en el marco de su quehacer actoral. El nacimiento del “Nuevo Teatro”, evidencia el acercamiento entre este género y otras disciplinas como la historia, la literatura y otras ciencias sociales. Aunque este no es un criterio general, porque no se evidencia lazos fuertes entre los actores de teatro y las producciones de cine, que se realizaban en la ciudad, dirigidas por Mayolo, o Luis Ospina. (Ramiro Arbeláez, 2010). En este caso, Andrés Caicedo, quien había compartido con Buenaventura el espacio del TEC, y la Universidad del Valle, para sus proyectos teatrales y de cine club, era la excepción. Este joven caleño, se destacó por ser una persona muy activa, inteligente, creativa y ante todo, como dice Ramiro Arbeláez, con una fuerte “necesidad de expresarse”. A pesar de su corta vida, que decidió terminarla abruptamente a los veinticinco años, en 1977, y sin los afanes políticos que preocupaban a otros jóvenes de la ciudad, Andrés Caicedo alcanzó a desarrollar varios proyectos culturales, que iban desde la escritura de folletos con análisis sobre el cine, revistas culturales como “Ojo al Cine”, y novelas. También fue actor de cine y de teatro, fue crítico de cine, y perteneció a grupos de estudio sobre este asunto.

Desde el punto de vista literario y cineasta, pertenecían al mismo grupo de Andrés, Luís Ospina y Ramiro Arbeláez, quienes estaban al frente de la dirección del “Cine Club de Cali”, fundado por Caicedo. Carlos Mayolo, aunque no pertenecía directamente al cine club, porque vivía en Bogotá, colaboraba con artículos para la revista Ojo al Cine, la cual había iniciado como un folleto escrito por Andrés, después se incorporaron otros integrantes al grupo de estudio, como María Mercedes Vásquez, el psicoanalista Arturo de la Pava, el profesor de teatro Jaime Acosta, Hernando Guerrero, entre otros, quienes contribuían con sus discusiones y reflexiones a la crítica de cine y Andrés Caicedo se encargaba de recopilar por escrito las reflexiones que hacían sobre la película más importante de la semana y de publicarlas. En el folleto, adicionaban un cuadro calificativo, donde cada uno de los integrantes del grupo le daba una calificación, para que sirviera de referencia al público. (Arbeláez, 2010)

En el año 1984, Cuando Andrés ya no era el único escritor de las críticas de Cine y gracias a un ciclo de películas organizado por la Cinemateca Distrital de Bogotá, que les dio suficiente información, el folleto trascendió a la revista de carátula negro y rojo, denominada “Ojo al Cine”, que fue financiada en gran medida con los recursos que les dejaba el Cine Club de Cali. Después de ese número se publicaron cinco más, hasta 1976. Su contenido giraba

alrededor de la crítica cinematográfica, el cine colombiano, hacían entrevistas a distintos realizadores del cine, observaban la trayectoria de los directores internacionales, de lo que pasaba en los festivales, los libros que se publicaban a cerca del tema y las películas de estreno en cartelera; todo ello con el fin de “aportar nuevos términos de comprensión al cinematógrafo”. La calidad de esta revista era muy buena en cuanto a su diagramación, fotografía y contenido, especialmente hasta los números tres y cuatro, que salieron en una misma publicación. (Ramiro Arbeláez, 2010). Sin embargo, emprender un proyecto de publicación de ese tipo no era tarea fácil, incluso para un equipo de trabajo como el que había detrás de Ojo al Cine, que contaban con el apoyo de los recursos que les dejaba Cine Club de Cali, o los que podían conseguir a través de la publicidad o por financiamiento de terceros. En la revista No. 5 de Ojo al Cine, se puede percibir esta situación; por ejemplo, sus mismos realizadores, dedican unas líneas a explicar las dificultades que tuvieron para sacar ese nuevo número, como la disminución en los recursos para la elaboración de la revista, porque desde la anterior, habían quedado maltrechos económicamente, además indicaban que “los avatares de distribución, de pagos y cobros, de una nómina de colaboradores estables”, incidió en que tuvieran que “rebajar la calidad del papel, de las ilustraciones y hasta ser más condescendientes con los colaboradores”. Si a esto se suman los acuerdos a los que tenían que llegar como equipo en la toma de decisiones, los consensos y disensos que tenían que asumir para poder sacar adelante la producción y distribución de la revista, entonces se puede dimensionar la complejidad de proyectos como ese. Esto explica por qué a pesar de que durante los años setenta y ochenta se elaboraron una buena cantidad de revistas de tipo cultural, en las cuales estuvieron involucrados escritores colaboradores, editores encargados y directores, muchos de estos proyectos sólo alcanzaron a sacar un número a circulación y nada más, porque no tenían como financiar sus costos que eran muy altos, o por divisiones internas dentro de los grupos; es decir, fueron publicaciones efímeras y muchas de ellas no quedaron ni siquiera registradas en los anaqueles de las bibliotecas públicas, sino que reposan en los archivos privados de algunos de sus gestores.

Otro de los grupos de estudio que hubo en los años setenta y ochenta fue el integrado por las mujeres escritoras de Cali. Algunas de ellas, como la psicoanalista Clemencia Varela, pertenecieron a un grupo orientado por Estanislao Zuleta, con quien se dedicaban al estudio del psicoanálisis, que era un campo de investigación muy interesante para los y las seguidoras de Freud. De ese círculo de estudio salió algunas de las escritoras de la revista “Cuéntame Tu vida”, quienes eran mujeres con formación académica y universitaria, vinculadas con otras mujeres a nivel nacional, como las escritoras de la revista “Jóvenes Brujas, Las mujeres escriben”, pertenecientes a un grupo de Medellín, y también tuvieron contactos en otros países como México y España, lo cual les permitió intercambiar publicaciones y dar a conocer sus escritos en el exterior. Algunas de las mujeres que publicaban en “Cuéntame tu vida”, eran la pianista de Buga, Connie Rivera, las poetas Orieta Lozano, Elvira Alejandra Quintero, la lingüista, cubana – norteamericana Gabriela Castellanos, quien se radicó en Cali alrededor del año setenta y cinco, (González, 2010). Ellas publicaban en Cuéntame Tu vida, ensayos sobre el psicoanálisis, la sexualidad, poemas que reivindicaban a mujeres como Meyla del Mar, Marcela Lagarde; artículos sobre la problemáticas de la mujer, su vinculación al campo laboral; es decir, - como dice el profesor Fabio Martínez -, esta era “una publicación de género en una época donde todavía no se hablaba de género”, “era una revista progresista y de vanguardia muy interesante y de

reflexión en ese sentido”; además, la describe como una revista muy sólida, muy bien hecha, muy bien diseñada y era para todo el mundo, no solamente era para las mujeres, sino también para los hombres y los gays, que se podía adquirir en varias partes de la ciudad, como el Café Los Turcos, el parque Panamericano, la fuente de soda Oasis, el bar de William, o en el cineclub San Fernando, que dirigía Andrés Caicedo. (Martínez, 2010).

Este grupo de mujeres escritoras, tiene en común con otros grupos, su notable interés por las cuestiones sociales y políticas que afectaban al país y al mundo entero, y por ende a ellas mismas, esto obedecía a los procesos de concientización sobre el papel de la mujer en sociedad, su vinculación masiva al campo laboral y el incremento de la participación de la mujer en el campo profesional, como lo evidencia Zilia Castrillón Márquez, en su tesis “El proceso totalizador de la salsa en Cali, quien indica que desde la década de los sesenta, habían dos factores de carácter mundial, que eran decisivos para entender en la evolución de la sociedad y la vida cotidiana de los habitantes de Cali. Dichos procesos eran:

La vinculación de la mujer a los procesos productivos, ello significó su presencia obligada en las calles y lugares públicos además de su capacidad adquisitiva y su consecuente independencia frente a la tradicional verticalidad de la autoridad paterna y coyuntural. A partir de entonces la mujer empezó a ser bombardeada con avisos publicitarios donde se exaltaba su nueva posibilidad de auto determinarse, su independencia, el reto de sobrevivir y triunfar en ese mundo que antes había sido propiedad de los hombres. El segundo factor fue el protagonismo de la juventud, que trajo consigo modelos de rebeldía, prácticas emancipadoras, y de ruptura con los valores tradicionales acerca del sexo, la familia, la sociedad, y otros aspectos inscritos en lo que se llamó “la brecha generacional”. (Castrillón, 1990).

Esa necesidad de autodeterminación y las prácticas emancipadoras de la juventud caleña, que Silvia Castrillón señala, se pueden observar en los ensayos publicados en las revistas que leían o escribían las integrantes de los grupos de estudio, por ejemplo, en los títulos: “Por un acto político y festivo”, “El amor o el camino a la Enajenación”, “Violencia contra la mujer”, “La herencia clásica”, “Feminismo y poder”, que fueron publicados en la revista no 5 “Brujas, Las mujeres escriben”, de Medellín (1985); y también se ven reflejados en otros títulos de revistas como “La Manzana de la Discordia”, “Cuéntame tu vida”, y su participación en marchas o tomas públicas contra aspectos que ellas consideraban que atentaban contra la dignidad de la mujer (González, 2010).

Pero no todos los grupos giraban en torno a lo político, hubo publicaciones que surgieron por la necesidad de construir escritos alternativos a las chapolas o panfletos, de los grupos de izquierda, que circulaban regularmente en la ciudad. Tal es el caso Harold Kremer y Guillermo Bustamante, dos jóvenes estudiantes de la Universidad Santiago de Cali, que decidieron ofrecer una alternativa escrita totalmente distinta, a través de una revista de literatura, donde sólo se publicaban “cuentos cortos”, denominada “Ekuóreo”. Harold Kremer y Guillermo Bustamante, regularmente eran vistos en los espacios culturales de la ciudad, repartiendo una “hojita suelta con forma de panfleto, bien bonita, bien diagramada, con “minicuentos”, en una época donde todavía no había en Cali, una noción clara de lo que significaba ese género literario. Antes de esta revista, otros escritores ya hacían minicuentos como Gaitán Giraldo, Zamudio Cepeda, entre otros, pero lastimosamente esos escritos eran tratados como “textos de relleno”, en las revistas, o como anotaciones para que el escritor posteriormente hiciera un texto más largo (Kremer, 2010).

A través de Ekuóreo sus autores se propusieron reflexionar y forjar una consciencia en los lectores, sobre lo que es este tipo de escritos. Para lograrlo, publicaron cuentos de escritores conocidos y consagrados en la literatura como Kafka, Cortázar y Borges, que aparecen en los tres primeros números de la revista, respectivamente; además, combinaron los escritos de autores clásicos con autores nuevos que apenas estaban incursionando en ese género, a los cuales convocaban a través de concursos como el Primer Concurso Nacional de Minicuentos, que se desarrollaría en Cali, al cual llegaron más de 1000 minicuentos de toda Colombia. Esto les permitió observar que muy poca gente sabía lo que era un minicuento, porque “la gente escribía fragmentos de su vida, fragmentos de su diario, poemas, historias sin conflictos” (Kremer, 2010). Otra estrategia que establecieron para clarificar lo que pretendían publicar fue establecer parámetros puntuales frente al contenido de la revista; por ejemplo, el cuento debía ser breve, pero tener una historia que fuera capaz de incitar al lector en la reconstrucción de misma, sobre el aspecto técnico, el cuento debería tener entre 5 a 10 líneas. Estas delimitaciones fueron muy apropiadas para Kremer y Bustamante, porque les permitió establecer reglas de juego claras, que favorecieron el trabajo en equipo y ayudó a que este tipo de publicaciones tuvieran una vida más larga, que otros proyectos que salieron a la luz, una sola vez. Cuando no había un acuerdo entre los dos escritores de la revista, sobre la publicación de un determinado cuento, entonces lo publicaban para que fuera evaluado por los lectores, quienes regularmente le hacían la crítica al texto. Esto refleja, que si bien la determinación de los parámetros para la publicación de la revista, eran establecidos por sus creadores, la crítica o aprobación de sus lectores, también se convirtió en una posibilidad, para que terceros aportaran en el fortalecimiento de este nuevo género literario y además, que hubiera una interacción entre el lector y los productores de las revistas, la cual se expresaba a través de canales de comunicación, como las cartas especialmente de los seguidores lejanos.

Los grupos de estudio mencionados, ayudaron a gestar y fortalecer el trabajo de los escritores que había en la ciudad en las décadas del setenta y ochenta. Muchos de los integrantes de estos grupos tenían espacios en común, de encuentro, esparcimiento, e inspiración para crear sus producciones escritas.

Sitios de encuentro y esparcimiento cultural en Cali.

Los espacios culturales de Cali, en general eran sitios muy activos donde circulaba muchos jóvenes interesados por la cultura y por el arte que les ofrecía el medio, ya que durante las décadas en estudio, Cali presentaba diversas manifestaciones artísticas como los festivales musicales, festivales de teatro, pintura, escultura y otras artes gráficas, que eran fomentadas por instituciones interesadas en promover la educación y la cultura. Entre ellas se encuentra el Museo de Arte Moderno La Tertulia, que a mediados de los años ochenta ya contaba con hermosas salas de exposiciones, cine experimental, taller de artes gráficas, una muy buena concha acústica y otros espacios que la convirtieron en un punto de referencia obligado para la ciudad, por ser esta institución uno de los mejores promotores y divulgadores de las producciones de varios artistas, que estaban a la vanguardia del movimiento artístico del suroccidente colombiano. La Tertulia había sido fundada en la década del cincuenta, en pleno centro de la ciudad y era dirigida por un grupo de damas, entre las que se destaca Maritza Uribe de Urdinola, presidenta del museo en ese entonces y además fundadora de otras instituciones como El Museo Histórico Nacional, en 1963.

Ella fue una de las más importantes gestoras culturales de la ciudad, porque buscaba apoyos interinstitucionales, establecía vínculos con otros gestores nacionales y extranjeros, que le permitieron conseguir recursos interinstitucionales con el fin de promover eventos que tuvieron un fuerte impacto en Santiago de Cali, por ejemplo, a través de esta institución se coordinó el “Festival Panamericano de Cultura” y varios Bienales “Americana de Artes Gráficas”, realizados en la ciudad desde 1971, con motivo de los VI Panamericanos y contó con la colaboración de PROPAL S. A. y Cartón de Colombia S.A. A través de las gestiones del Museo La Tertulia, los habitantes de Cali y sus visitantes tuvieron la oportunidad de apreciar las obras de artistas de la talla de Leonel Góngora, Mario Gordillo, Jorge Madriñan, María Teresa Negreiros, Edgar Álvarez, Ever Astudillo, Pedro Alcántara Herrán, Andrés de Santa María, entre otros; con el fin de vincular la cultura artística caleña con las manifestaciones artísticas latinoamericanas y del mundo. En la década de los ochenta se desarrollan los “Salones de Arte Joven”, a través de los cuales lograron apoyar un mayor número de artistas, permitiéndoles exponer diferentes géneros, entre ellos la fotografía, la escultura, el dibujo o grabado, los tejidos, la pinturas, para promover diferentes lenguajes y no quedarse exclusivamente en una técnica específica (Uribe de Urdinola, 1985).

La ciudad también contaba con instituciones como el Instituto Departamental de Bellas Artes, conocido como “Conservatorio Antonio María Valencia”, en honor a un reconocido pianista caleño, quien fue su fundador y director hasta 1952, año de su fallecimiento. Esta institución fue fundada en 1933 y era una de las más importantes en su tipo en la región porque gozaba de un amplio reconocimiento a nivel nacional. Allí se fomentaba la música, la danza, las artes plásticas y el Teatro. En la misma dirección funcionaba el Instituto popular de Cultura, que fue creado en 1947 con el fin de incentivar la educación artística de tipo extensiva, especialmente para las clases populares, fomentando la pintura, escultura, cerámica, dibujo comercial, teatro, música, danza y cantos folclóricos.

De igual forma, las bibliotecas eran escenarios importantes para el desarrollo educativo y cultural de la ciudad. Por ejemplo, La Biblioteca Departamental “Jorge Garcés Borrero”, - que había iniciado sus labores en 1948, en el sexto piso del edificio Garcés -, prestaba un importante servicio a la cultura, con sus salas de lectura, espacios para dictar conferencias, se hacían exposiciones artísticas y también contaba con un museo de arte indígena y una muy buena hemeroteca. (Paredes Cruz, 1986). Otras bibliotecas importantes eran la Biblioteca del Centenario, fundada en 1910; las bibliotecas del Colegio Santa Librada, La Universidad del Valle y La Universidad Santiago de Cali, en donde se reunían grupos estudiantiles interesados por asuntos relacionados con cuestiones académicas, sociales, culturales y políticos, ya que les interesaba expresar su punto de vista frente a lo que pasaba en Colombia, Latinoamérica y otras partes del mundo. Todos estos aspectos hicieron que los grupos de estudiantes y profesoriales se vincularan a los procesos sociales y culturales de la ciudad. Las librerías también eran otro sitio importante y clave para la formación intelectual de los caleños, por ejemplo, la Librería Nacional, o la Librería Letras que fue la trajo los primeros libros o los libros clave para la formación conceptual, teórica y política.

Otro de los escenarios culturales sobresalientes en la ciudad era el Teatro Municipal, ubicado en la carrera quinta con sexta en su corazón histórico. Esta institución tenía como propósito fomentar el desarrollo de la cultura para los caleños, trayendo hermosos espectáculos y grandes artistas de talla internacional. Por su hermosa construcción de estilo

barroco italiano, fue declarado Monumento Nacional en 1982. Los teatros Calima, Alameda, San Fernando, San Nicolás, el Teatro experimental de Cali (TEC), también eran sitios de encuentro para los caleños. Algunos de ellos albergaron a jóvenes cineastas interesados promover el buen cine y hacer un análisis crítico de las películas que presentaban, convirtiendo los fines de semana en pequeños festivales de cine, a los que asistían públicos diversos, especialmente jóvenes universitarios.

Los Cine – club, habían empezado como una tradición en la ciudad desde los años cincuenta. El primero de este tipo fue el Cine Club la Tertulia, organizado por un grupo de jóvenes que tenían que alquilar teatros para pasar las películas, pero lograron cierto éxito, porque en la década de los años sesenta publicaron “Las 100 primeras películas del Cine - Club la Tertulia”, dice Ramiro Arbeláez – profesor de la Universidad del Valle, quien durante los años setenta hizo parte del Cine Club de Cali y de la revista Ojo al Cine, también dirigió la Cinemateca La Tertulia, entre los años 1977 a 1986, y en 1980 se vinculó a la Universidad del Valle (Entrevista Ramiro Arbeláez, 2010) -. El público de ese Cine club eran jóvenes profesionales, es decir, “gente adulta joven”, que tenían una formación profesional, quienes también concurrían a eventos como los festivales de arte que hubo en la décadas del sesenta, desarrollados en espacios como el Teatro Calima y en otros teatros del centro de la ciudad. Entre el tipo de películas que ofrecía ese cine club, cabe destacar, los ciclos cine latinoamericano y cine soviético, que presentaron en los años setenta (Revista, Cinemateca La Tertulia, 1977).

Tal vez uno, de los más reconocidos cines - club de la ciudad, y recordado con mucho afecto por la gente de Cali de ese entonces, fue el Cine Club de Cali, fundado en 1971, el cual era dirigido por Andrés Caicedo, Ramiro Arbeláez y Luis Ospina, a quienes les interesaba exhibir organizadamente películas que consideraban “importantes en la historia del cine”, por eso las diferenciaban por géneros, como las películas de Western o de Cine Negro, siendo de su preferencia el cine americano. En este cine club se presentaron ciclos de películas de Hitchcock, John Ford, Howard Hawks, Bergman, Buñuel, John Huston - director y guionista que les gustaba mucho -, entre otros. De igual forma, también pretendían “fomentar la crítica”, “el análisis del cine”, para lo cual, requerían de el medio “lo más libre posible” (Entrevista a Ramiro Arbeláez, 2010).

Dice Arbeláez, en la entrevista citada, que este cine club funcionó en las instalaciones del teatro San Fernando, el cual era un espacio muy apropiado porque albergaba cerca de unas 800 personas y además se ubicaba al sur de la ciudad, en un sector de clase media - media, media - alta y estaba cerca de las universidades, especialmente de Univalle, que funcionaba en San Fernando y también de la Santiago de Cali, que funcionaba en el Centro de la Ciudad. Así que este cine club atraía a un público muy plural, constituido no sólo por universitarios, que era su mayor clientela, sino también por estudiantes de colegios, habitantes del barrio y de otras zonas populares, por eso no era extraño encontrar a grupos de muchachos pertenecientes a galladas como “la Gallada el Triángulo”, que eran jóvenes reconocidos por su estilo de vida libre y las peleas que formaban en otros sitios.

Lógicamente la buena concurrencia de público a este espacio le permitió captar a sus integrantes importantes recursos para sostener al grupo y financiar las actividades culturales promovidas por ellos y la revista que los distinguió “Ojo al Cine”. Tras la muerte de Andrés Caicedo, en 1977, y debido a que el teatro San Fernando entró en reparación en ese año, el Cine Club de Cali tuvo que ser trasladado a una de las salas de la Cinemateca La Tertulia

(Entrevista a Ramiro Arbeláez, 2010). En ese espacio, lo lograron sostener Ramiro Arbeláez y Rodrigo Villalba, por algunos años; allí presentaron varios ciclos de películas, los días sábados al medio día, en especial de cine alemán. Sin embargo, el traslado de espacio del cine club, representó cambios significativos en varios aspectos, por ejemplo, su incidencia en el tipo de público fue contundente. Al respecto Ramiro Arbeláez argumenta que:

El público cambió, era otra zona, era muy difícil que la gente fuera a medio día con ese sol que había a medio día en Cali, con una zona que estaba mal servida a nivel de buses urbanos, por ahí no pasaba sino el Rojo Crema. Entonces la gente tenía que bajarse en la quinta y caminar todo ese trayecto a las 12:00 del día, las 12:10 para llegar a las 12:30 allá. Era muy difícil y todo el mundo se quejaba de eso. Como todos éramos estudiante y la mayoría no podía ir pues en taxi o en carro sino a pie. En cambio en el sur era más fácil, había más servicio de buses de todas partes, del sur, del norte y del centro (Entrevista a Ramiro Arbeláez, 2010).

Esa época fue bastante difícil para el cine club y quienes estaban al frente de él. Arbeláez cuenta que tuvo que conseguir películas casi gratuitamente de las embajadas. Es evidente que ya la cantidad de público que atraían era menor, no sólo por la precariedad del transporte que afectaba el desplazamiento de los estudiantes, quienes eran su mayor clientela, sino también porque el tipo de películas que presentaban no eran muy comerciales, como para atraer a un público poco especializado, porque la gente no estaba acostumbrada a la narrativa de producciones como las del “Nuevo Cine Alemán”, del que presentaron ciclos de Wim Wenders, Herzog, Alexander Kluge, o Fassbinder, del cual dieron ciclos largos. Sin embargo, había eventos que aglutinaron un buen número de público, por ejemplo, cuando hicieron la presentación de la película “La sangre del cóndor”, de Jorge Sanjinés, que tenía carácter revolucionaria, de denuncia en contra de los cuerpos de Paz de Bolivia, “porque había un programa había volvían estériles a las mujeres para controlar la población”; con presentaciones como esa tuvieron mucho éxito. (Arbeláez, 2010)

El Teatro Experimental de Cali, también tuvo su propio cine club, llamado el “Cine Club del TEC, el cual funcionaba en una de sus salas y en el Teatro Alameda, que quedaba cerca del Colegio Santa Librada. Este cine club fue organizado por Andrés Caicedo antes de ser fundado el Cine Club de Cali, y contó lógicamente con el apoyo de Enrique Buenaventura. Otro cine club reconocido de la ciudad era “Nueva Generación”, que empezó a funcionar en 1972. Era dirigido por dos hermanos de apellido Zorrilla y estaba ubicado en el Norte de Cali. Este cine club se caracterizaba porque había una concepción - dice Arbeláez -, de lo “culto”, diferente a el tipo de cine que presentaba Andrés Caicedo y sus compañeros. En el Cine Club Nueva Generación, había un vínculo fuerte entre las películas que presentaban y “la gran literatura” y se destacaban los “grandes temas que afectan a la humanidad”. Mientras tanto, en el Cine Club de Cali, a la hora de elegir una película, la escogía por “la película misma y no porque estuviera basada en un texto famoso” y eso hacía que su público adquiriera unas características particulares. En la década de los ochenta también salió otro cine club, ubicado en el Teatro Imbanaco, llamado “El Cuarto del Búho”. La característica en común de este cine, con el de La Nueva Generación y el Cine Club de Cali, fue su público estudiantil, a diferencia del de La Tertulia, que era dirigido a un público un poco más adulto y formado.

Las universidades, también jugaron un papel fundamental en para la educación y la cultura caleña. Espacios como la Universidad del Valle, la Universidad Santiago de Cali, sirvieron de espacio de encuentro y recepción de jóvenes inquietos que además de lo académico buscaban otras formas de socializar y de expresarse. Para Harold Kremer, por ejemplo, espacios como la USACA eran muy ricos en posibilidades, porque había muchos grupos estudiantiles, algunos con tendencias de izquierda, maoístas, otros interesados en el estudio del psicoanálisis, en el cine, en la literatura, es decir, los estudiantes andaban “pendientes de muchas cosas”. Para Kremer, esta Universidad tenía incluso más movimiento que la misma Universidad del Valle, dice él. La USACA, estaba ubicada en lo que fue la antigua FES, al frente del Teatro Municipal, luego, se trasladó Literatura, al frente del teatro Calima, por la avenida sexta. Esto influyó en la gran cantidad de posibilidades que los estudiantes de este recinto podían aprovechar porque, como dice Harold, “nosotros estábamos a una cuadra de todo”.

Además esos espacios Cali también contaba con otros sitios públicos, como los cafés, que habían sido muy populares en los años cincuenta, según indica Zilia Castrillón Márquez, quien los describe como:

Por ser el lugar de encuentro donde se daban cita caleños forasteros, los cafés constituían en auténticos dinamizadores culturales. En sus tertulias se comentaba además del diario transcurrir y sus negocios, la política y los diversos temas de la vida cultural de la época. Así mismo, gracias al traga níquel, prodigio tecnológico de aquellos tiempos, se difundía a amplios sectores la música de moda en otras partes del mundo. Además de lo anterior, los cafés cumplían también la función de iniciadores, socializadores, y difusores del rol y valores masculinos para las nuevas generaciones de muchachos en su proceso de adultez (...) Por su misma importancia para la vida cotidiana de la ciudad, los cafés eran sitios polifuncionales. Además del bar, casi todos tenían servicio de restaurante y los más completos, mesa y billar. (Castrillón Márquez, 1990).

Una de las más representativas cafeterías para los intelectuales caleños la Cafetería Los Turcos, Este era el sitio de reunión de todos esos movimientos que se estaban dando en la ciudad, allí se reunían “casi todos los comités de reunión de las revistas”, poetas, periodistas, literatos, los cineastas, entre otros. Otros espacios tradicionales, estaban ubicados cerca de los diarios “El Relator, y “Diario del Pacífico”, quedaban el café de Cali, el “Gambrinus”, con fama de servir excelente comida, y “El bar pacífico en la calle 13 entre tercera y cuarta, argumenta Zilia Castrillón, quien además expresa que “Estos servicios ofrecían sólo servicio de bar y restaurante y era frecuente encontrar entre la clientela a periodistas, a los poetas Antonio Llanos, Carlos Villafane, Ricardo Nieto, y el poeta Gamboa”. (Castrillón Márquez, 1990). Otro espacio cultural era el familiarmente llamado: “El Bar de William”, quedaba en el barrio San Nicolás, carrera 1ra con 17. En La Habana Club, escuchaban música cubana, música afro antillana. Espacios como estos, fueron fundamentales para el desarrollo de la vida cultural caleña, durante las décadas en estudio.

Conclusiones.

Aunque la historia cultural, no fue objeto de estudio principal de los historiadores, en la Cali, durante las décadas de 1970 y 1980, no se puede decir lo mismo sobre los temas relacionados con la cultura en la ciudad, porque sí hubo otros escritores formados en

diferentes disciplinas de las ciencias sociales y estudiantes universitarios, que produjeron varias obras como libros, tesis, revistas culturales, pasquines y hojas sueltas, las cuales ofrecen aportes significativos que pueden ayudar a reconstruir el pasado cultural de los caleños, y a comprender ¿quiénes eran esos personajes que estaban al frente de la producción “cultural” escrita durante esos años?. ¿Cuáles era el contexto en el que se desenvolvían para generar sus producciones?, y ¿Cuál fue su aporte? Frente a las observaciones hechas sobre los escritores abordados por este estudio, el contexto cultural donde produjeron sus obras y su aporte a la cultura de la ciudad, se puede expresar lo siguiente:

Primero, al hablar de “los escritores en Cali”, se está haciendo alusión a personas que no necesariamente eran oriundas de la ciudad, pero si vivieron y publicaron, en ella, por lo menos durante los años en estudio. Segundo, otra característica de los escritores a los que se está haciendo alusión, es a quienes se expresaban a través de lo escrito y sus escritos eran publicados - ya fuera a través de una editorial, un taller de impresión o por sus propios medios -, es decir, eran los “autores” de ciertas producciones que circularon por la ciudad, muchas de las cuales, no correspondían a una sola persona, sino que eran fruto del trabajo de un grupo, que ameritaba todo un proceso de análisis, discusiones, consensos y disensos, incluso de renunciaciones y concepciones, como podía pasar entre los encargados de sacar a la luz una revista, durante el proceso de elección de las temáticas, definir a quiénes publicar, el número de páginas, la búsqueda de recursos, etc., pero incluso los consensos y disensos también podrían presentarse en los casos en que el autor es una sola persona, por ejemplo, en los acuerdos que tenían que producirse entre el autor y su editor, porque el editor debe ser el encargado de “reunir el conjunto de las selecciones que deben hacerse para publicar un libro”, desde la elección del texto, del formato, de la publicidad y hasta su difusión. Esto significa, según Chartier, que el editor “desempeña un papel fundamental en todos los procesos que hacen de un texto un libro”. Este criterio es importante tenerlo en cuenta, aunque en Cali no hubiera una industria editorial fuerte para los años en estudio, como lo indica el profesor Fabio Martínez (Entrevista Martínez, 2010), y seguramente muchas de las personas que no tenían suficientes recursos para financiar la publicación, buscaban espacios donde el proceso de convertir el texto en libro fuera lo más ágil, económico y viablemente posible. Incluso, también se puede observar en relación con aquellas obras que aunque tenían un autor responsable, eran fruto de publicaciones institucionales.

Tercero, el contexto en el que se desenvolvían los escritores, teniendo en cuenta que “no hay ideas puras”, su producción era el resultado de otras lecturas, otros escritores, lo que observaban en el medio, con quiénes se relacionaban, sus gustos, concepciones ideológicas, representaciones, etc., lo cual podía incidir en sus resultados y en la prevalencia y trascendencia que ellos pudieran tener. Esto es clave porque obligaba a los escritores a profesionalizarse, a investigar sobre lo que le interesaba escribir, elegir un método, unas teorías, es decir, debía saber sobre su campo de interés. Además hay que agregar que los escritores que vivían o pasaron por Cali - dejando un legado frente a asuntos relacionadas con las cuestiones culturales de la ciudad, pertenecían a mundos culturales diversos, aunque tenían puntos de encuentro frente a concepciones ideológicas, intereses temáticos, gustos similares en cuanto a aspectos como la música, el cine, o los sitios que frecuentaban y además muchos de ellos hacían parte de grupos o tenían amigos fuera de la ciudad que les ayudaban a distribuir sus publicaciones y a darlas a conocer a un público más amplio.

Una cuarta observación radica en que muchas de las publicaciones impresas relacionadas con el ámbito cultural y que podríamos enmarcar dentro “la historia de la cultura”, es que no eran producidas necesariamente por historiadores, sino, por jóvenes inquietos por la política, la literatura, el cine, la música, las artes gráficas, la comunicación social, el teatro, estudios de género y otras áreas de las ciencias sociales. Aunque este tipo de producciones algunas veces contaban con el respaldo de instituciones puntuales, esta no era la regla general, ya que podrían surgir de su propia iniciativa y por el deseo de expresarse a través de la escritura, así tuvieran que sacar de su propio bolsillo para financiarse, o como decían las mujeres que escribían para Cuéntame Tu Vida: “Si a punta de empanadas se había construido la ciudad, y a punta de empanadas se construían las revistas”. (González Erazo, 2010). Asuntos como estos ofrecen elementos significativos de análisis que permiten comprender la cultura caleña, y los procesos culturales que vivieron durante las décadas de 1970 y 80. Además puede abrir espacios de reflexión, y tiende puentes, para la discusión y análisis de diferentes temáticas, por parte de los científicos sociales, que pueden ser útiles para ayudar a comprender el pasado y el presente de nuestra generación.

ANEXOS

Cuadro No. 1. Los teatros fundados en Cali, 1966 – 1976 y algunos de sus protagonistas.

No.	Artista	Fundador	Director	Montaje de obras	Teatro	Fecha de Fundación
1	Jorge Vanegas.			X	Escuela de Teatro del Instituto Popular de Cultura	
2	Danilo Tenorio		X		Teusaca. Teatro Universidad Santiago de Cali	1966
3	Helios Fernández (1977)		X		Teusaca. Teatro Universidad Santiago de Cali	
4	Orlando Bonilla.		X		El Teopal	
5	Enrique Buenaventura	X	X	X	Teatro Experimental de Cali	1969
6	Egresados de La Escuela de Teatro de Bellas Artes	X			Teatro Escalinatas	1971
7	Carlos Castrillón		X		Teatro Escalinatas	
8	Jaime Cabal		X		Teatro del Centro de Capacitación Alfonso López Pumarejo	
9	Carlos Bernal				La Máscara,	1972
10	Helios Fernández				La Máscara,	
11	Jacqueline Vidal				La Máscara,	
12	Danilo Tenorio		X		Teatro Grutela, Grupo de Teatro Experimental Latinoamericano	1973
13	Francisco Henao (1977)		X		Tetro Grutela, Grupo de Teatro Experimental de Cali.	
14	Danilo Tenorio		X		Esquina Latina. Taller de Teatro Univalle	1972
15	Orlando Cajamarca		X		Esquina Latina. Teatro independiente	
16	Albaro Arcos;				Teatro Estudio Inem, de Cali	1973
17	Diego Vélez;				Teatro Los Comunes	1973
18	Álvaro Arcos,				Teatro Foro de Cali	1974

19	Jorge Vanegas,	X			Teatro Foro de Cali	
20	Guillermo Arévalo,	X			Teatro Foro de Cali	
21	José Luis Andreoi. (Director argentino)	X			Teatro Foro de Cali	
22	Julián Romero, (Director argentino)	X			Teatro Foro de Cali	
23	Jorge Bonilla.	X		X	Teatro Foro de Cali	
24	Guillermo Romero,		X		La Comuna,	1974
25	Arnulfo Ribera.		X		La Unión,	1974
26	Enrique Buenaventura	X		X	El Taller. Taller de teatro de la Universidad del Valle	1975
27	Phanor Terán.				La Cuchilla	1975
28	Jorge Vanegas	X			El Globo	1976
29	Helios Fernández.			X	El Globo	1976

Fuente: Historia del Gran Cauca: Historia Regional del Suroccidente Colombiano, Cali, Universidad del Valle, Segunda edición, Universidad del Valle, Instituto de Estudios del Pacífico, Región, Cali, 1996. Pp. 295 – 296.

Cuadro No.2. Publicaciones culturales que circularon en Cali. 1960 - 1990

Publicaciones institucionales de la Universidad del Valle	Publicaciones seriadas y otros productos editoriales de carácter privado
1965 -1977. Cuadernos del Valle	1963. Esparavel, revista de poesía
1972. Revista lenguaje	1969. Revista Vivencias
1977. Revista Universidad del Valle	1971. Aquelarre
1978. Polígamas: literatura, semiología	1978. Calebrío
1979. Historia y espacio: revista de estudios históricos regionales	1979. Culturama
1990. Inmediaciones. Revista de arte y cultura	1980. Ekuóreo
Revistas de mujeres	1981. Luciérnaga, revista literaria (más tarde llamada “Lucérnuga”)
1978. Cuéntame tu vida	1981. Altazor
1982. La cábala	1982. Caligari
S.F. 80s. (Pasquines de las mujeres del Teatro la Máscara)	S.F. 80s. Inventario
1995. La manzana de la discordia	S.F. 80s. Barco ebrio
Otras revistas culturales de carácter institucional	S.F. 80s. Ruptura
S.F. 60s. Centro de estudios jurídicos (USC)	S.F. 80s. Revista TAL
1977. Gaceta Colcultura	S.F. 80s. Esquirla
1977. Cinemateca La Tertulia (boletín de la cinemateca)	Publicaciones del gremio de la caricatura
S.F. 70s. Cinemateca La Tertulia (cine latinoamericano – cine soviético)	1978. Balita, la bala perdida
1983. Grafos (Literatura USC)	1979. Revista Click
1985. Revista Hispanoamericana	1980. Mala Compañía
Suplementos culturales de periódicos	1980. Balita y Sue
1970. Suplemento dominical – El País	1980. Tercer milenio
1974. De domingo a domingo – El País	1983. El Bando de Villamaga

1975. Extravagario – El Pueblo	1986. Fundación de Santiago de Cali, conquista del Valle del Cauca
1980. El País dominical – El País	S.F. 80s. Soldado zona bananera, 1928
1989. La gaceta dominical – El País	S.F. 80s. Historia de indias
S.F. 80s. Páginas literarias – El Occidente	S.F. 80s. Revista Gazapera
Revistas del Cine Club de Cali y de otros cine clubes	
1971. Ojo al cine (Boletín y revista)	
1970. Cine club de Cali	
1970. Cine club del TEC	
1980. Cine club Cuarto del Búho	

Fuente. Proyecto de Investigación. Estudio de Publicaciones Culturales en Cali, años 70 y 80. Clasificación realizada por Adrián Alzate.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía de libros de historia cultural y cultura en Cali.

Arango, Luís Fernando, Grupo Amigos de los 80, Cali 450 años, Productora de papeles S.A., Cali, Valle, 1982

Autor Institucional- Fundación Grupo 80, El Valle del Cauca, Gobernación del Valle, Cali, Colombia, 1982

Benítez Vásquez, Edgar, Henao, Restrepo Darío; Abella Millán, Pacífico (Editores). Historia de Cali en el siglo XX, Sociedad, economía, cultura y espacio, Universidad del Valle, Escuela Superior de Administración Pública; Secretaría de Cultura y Turismo de Cali, Nueva Biblioteca Pedagógica. Cali – Colombia, 2001.

Cesar Arturo Castillo, El Arte y la Sociedad en la historia de Cali, Gerencia para el Desarrollo Cultural, Gobernación del Valle del Cauca, Imprenta Departamental del Valle, Cali, 1994

Chaves Marco Fidel, Pasado, Presente y Futuro del Instituto Popular de Cultura, Secretaria de Educación Cultura y Recreación, Santiago de Cali, 1984

Holguín Silva, Raúl (ed.), Santiago de Cali. 450 años de Historia, editado por la Dirección de comunicaciones, Alcaldía de Santiago de Cali, Santiago de Cali, 1986

Lloreda Mera, Aura Lucia, Conozca a su ciudad, Sección de Educación Cívica. VI Juegos Panamericanos, Santiago de Cali, 1970

Muñoz, Sonia. El ojo, el libro, y la pantalla. Consumo Cultural en Cali, Escuela de Lenguaje, Universidad del Valle Facultad de Humanidades, Santiago de Cali, 1995. Pág. 212.

Oscar Gerardo Ramón Gómez, Letras, Sociedad y Cultura en el Valle del Cauca, Editorial LITOCENCOA, Colombia, 2002

Ulloa Sanmiguel Alejandro, Recuerdos de mi Barrio. Historia el Barrio San Carlos, 1987 (COMPLETAR BIBLIOGRAFÍA)

- Velasco, Hugo E. Periódicos y Periodistas de Santiago de Cali, 1838-1986, Colección Cabildo- Tomo V. Santiago de Cali, 1988.
- Bibliografía de libros sobre la salsa en Cali
- Mottato, C., Jesús Hernando, Relaciones entre música y literatura, Aspectos histórico - culturales en ¡Que viva la música!, Universidad Industrial Santander, Colombia, 1994.
- Ulloa, Alejandro, La Salsa en Cali, Música y Medios de Comunicación, Editorial Facultad de Humanidades, Departamento de Ciencias de la Comunicación, Santiago de Cali, 1987. Pág. 395
- Cuervo, Germán. Historia de Amor, Salsa y Dolor. Cuervo Editores, impreso en Arte Color impresores, Cali - Colombia. Noviembre de 1989.
- Ulloa, Alejandro. Culturas juveniles urbanas. Consumo musical e identidades sociales en Cali, Facultad de Humanidades, Departamento de Ciencias de la Comunicación, Santiago de Cali, 1995, Pág. 31
- Bibliografía sobre tesis
- Benítez, Carlos Arturo. (*et al.*, 1990: p). Estados actuales de la producción cultural en Cali, Consideraciones en torno a una propuesta editorial. Tesis, Plan de Comunicación Social, Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, Cali – Colombia, 1990
- Castillo Parra, Cesar Arturo, De la aldea a la ciudad, del arte de elite al arte de masas. Una historia de Cali, Tesis, Maestría en Historia - Universidad del Valle. Facultad de Humanidades. 1991
- Castrillón Márquez, Zilia. El proceso totalizador de la salsa en Cali, Tesis de Comunicación Social, Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, Cali – Colombia, 1990
- Gallego Sánchez, Luis Fernando. La Salsa en Cali. Hacia una historia de la recepción, Tesis de Comunicación Social, Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1989
- Gutiérrez, Adriana, López Luis Fernando, Pombo, Jorge Enrique, Santacruz Adriana, Terán Ana Milena. Acercamiento a los usos sociales de la música en Cali. Tesis, Departamento de Comunicación Social, Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1988
- Jaramillo, María Patricia; María Muñoz C., Alejandra. La cultura en la radio caleña. Tesis de Comunicación Social, Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, Cali, Colombia, 1985.
- Lozada Yule, Jesús Antonio. Elementos para una lectura de la música juvenil en Cali, Tesis, Departamento de Comunicación Social, Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1984
- Murillo de Cortes, Naboyan del Castillo, Lidia Alcira, Benjamín, Aspectos generales de la cultura de la pobreza en el distrito de Aguablanca: caso específico barrio del poblado I etapa. Tesis Departamento de Trabajo Social, División de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1987.
- Villafame Solarte, Adriana. Formas de recepción y consumo de la salsa en Cali en dos espacios tipo. Tesis de Comunicación Social, Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1990
- Bibliografía de informes institucionales**
- Cantero Recio, José Manuel. Labor en el ayuntamiento, Colombia, 1990.

Ospina, Ramiro. Centro de Ciencias Santiago de Cali, Editorial Universidad del Valle, Oficina de Planeación y Desarrollo institucional, Cali, Colombia, 1987

Pérez, Cárdenas, Reyes, *et al.*, Sistematización de una experiencia docente, centros culturales, Editorial, Universidad del Valle, Santiago de Cali, 1982, Pág. 30

Sergio Ramírez, Lamus. Exploratoria sobre cultura juvenil en Cali, Las metáforas y el otro en la juventud universitaria, Santiago de Cali, 1981

Uribe de Urdinola, Maritza, Taller Escuela de Artes Gráficas, editorial Museo de Arte Moderno La Tertulia, Cali, Colombia.1982

Bibliografía de revistas culturales

Arbeláez, Ramiro. CINEMATECA LA TERTULIA, – Cine Soviético, Editorial Cinemateca La Tertulia, Cali, 1977, No. 1. Pág. 12

Caicedo Stella, Andrés, Luis Ospina y Ramiro Arbeláez, OJO AL CINE, Cali. 1975. No. 2. García, Jorge. Ruptura, Cali, Colombia 1976. P. 24

Grupo de Trabajo, Luciérnaga. Luciérnaga, Revista Literaria, Cali, Valle, 1981

Madrid Malo, Néstor. El Café Literario. Revista Bimestral de literatura, crítica y arte, Bogotá, 1982, Pág. 60

Martan Góngora, Helcias (Director) ESPARAVEL, Revista de poesía, Cali, 197.

Mera, María Cristina, Calero de Konietzko Aída, Garcés de Eder, Elena, Vélez de Rengifo Amparo, González de Gómez, María Victoria y Fabiola, Gutiérrez de Villegas. “La Cábala”, Feriva, Editores, Cali, Valle, 1985

Romero Rey, Sandro (Dirección y jefe de redacción) (otros) CALIGARI. Cine – Fotografía, impreso en Diario Occidente, Cali, junio de 1982. No.1

Simmonds Pardo, Henry (Director). CULTURAMA, Arte – Cultura. Editorial EXPOSUR, impreso en los talleres “Impresora Micolta”, en Cali, 1979.

Vásquez Zawadski, Carlos (Director), OTROS, POLIGRAMAS, Literatura – Semiología, Números 1 y 2, Editorial Departamento de Letras. División de Humanidades, Universidad del Valle. Cali, Colombia, 1978. No. 1

Vásquez, Edgar, otros. Historia y Espacio, Revista institucional Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Volumen III, No. 10, Editorial: Universidad del Valle, Impreso en Cali, Valle del Cauca, Enero - Marzo de 1979 – 1984.

Vélez Saldarriaga, Marta Cecilia; Mónica Schnitter Castellanos, Margarita María Arbeláez Mesa; Flora María Uribe Pacheco. Brujas. Las mujeres escriben, Impresiones Quimera Ltda., Medellín, Colombia, 1985 No. 5.

Yusti, Miguel (Director). REVISTA UNIVERSIDAD DEL VALLE, Editorial Universidad del Valle, números 3 y 4, Cali, Colombia, diciembre de 1977.

Zuleta, Estanislao; Arrubla, Mario. Estrategia. Revista de Crítica, Edit. Organización Marxista Colombiana Contemporánea, Bogotá, 1963

Entrevistas:

HAROLD KREMER. Febrero 17 de 2010

HECTOR F. MARTÍNEZ. Febrero 24 de 2010

GABRIEL J. ALZATE. Marzo 23 de 2010

JUDITH C. GONZÁLEZ. Julio 31 de 2010

ALEJANDRO ULLOA. Agosto 30 de 2010

RAMIRO ARBEÁLEZ. Septiembre 13 de 2010

